



Marien F. Sabariego

*Un punto
y seguido*

Marion F. Sabariego

Punto
y Seguido

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Punto y seguido.

©Marien F. Sabariego

Diseño de portada: Adyma Desing.

Imagen de portada: Unsplash.

Maquetación: Adyma Desing.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en diciembre de 2018.

Esta novela fue registrada en Safe Creative.

La historia en sí cuenta que entre dos o más personas que están destinadas a tener un lazo afectivo existe un «hilo rojo», que viene con ellas desde su nacimiento.

Este hilo puede existir desde el momento en que las personas vayan a conocerse, y no puede romperse en ninguna circunstancia; a veces puede tensarse, pero es solo una muestra del vínculo que existe.

Esta leyenda surge cuando se descubre que la arteria lunar conecta el corazón con el dedo meñique.

Al estar unidos por esa arteria se comenzó a decir que los hilos rojos del destino unían los meñiques con los corazones; es decir, simbolizaban el interés compartido y la unión de los sentimientos.

Por eso también el hecho de hacer promesas en algunos países al entrelazar estos dedos con el otro.

La historia en sí cuenta que entre dos o más personas que están destinadas a tener un lazo afectivo existe un «hilo rojo», que viene con ellas desde su nacimiento.

SINOPSIS

«Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse,
sin importar el tiempo, lugar o circunstancias.
El hilo puede estirarse, contraerse o enredarse,
pero nunca podrá romperse».

Cuatro años después de su ruptura, Valeria y Alejo volverán a reencontrarse en curiosas circunstancias: una nochebuena interrumpida por un parto precipitado, un encuentro inesperado y una celestina con el carné caducado serán los ingredientes suficientes para que vuelva a resurgir entre ellos la química que nunca murió.

Índice

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)



Capítulo uno

Lo único que me quedaba de él era la gran bola de nieve que me regaló de aquella tienda navideña del centro de Madrid.

Solo tenía su recuerdo, presente en cada instante y momento de mi vida. Y con eso me bastaba. No necesitaba más. Me conformaba con tenerlo en mi memoria; con sus escapadas sorpresa que siempre realizaba con cierta regularidad y sin previo aviso, solo para estar juntos un par de horas más antes de entrar a clase; con el recuerdo de su fragancia amaderada impregnada en cada poro de mi piel o con el cegador brillo de sus ojos inmortalizado en la foto que aún guardo escondida bajo mi cama; con la pequeña cicatriz de mi barbilla que nació tras chocar con su moto en aquella farola que apareció de la nada y que ninguno de los dos había visto porque yo había decidido colmarlo de suaves caricias bajo su jersey de hilo aquel otoño donde las hojas tuvieron aquel inolvidable intenso color dorado. Con esos recuerdos y muchos más: solo míos y siempre suya.

Ya han pasado cuatro años desde que se autodestinó de forma permanente a la otra punta del mundo cruzando el gran charco. En concreto, San Francisco. Allí, se ha formado para convertirse en todo lo que deseaba ser: un gran y reconocido neurocirujano de éxito, o al menos, esa es la última y única noticia que tengo sobre él.

Todo ocurrió de una forma un tanto precipitada. Nada de lo que sucedió entraba en nuestros planes. De la noche a la mañana apareció con una beca

aprobada de la cual yo no tenía conocimiento alguno, expresando su firme deseo de ocupar una vacante libre en el programa de neurología del Saint Francis Memorial Hospital, con una exquisita carta de recomendación por parte del decano de la facultad de medicina Rey Juan Carlos de Alcorcón, Madrid. Veinticuatro horas después, se marchaba rumbo a Estados Unidos en busca de su sueño, dejándome aquí, y una relación sentimental de cinco años en puntos suspensivos.

El punto y aparte lo escribimos ocho meses después, cuando ninguno de los dos podía soportar más la distancia, sabiendo que ya no iban a ocurrir más escapadas fugaces para robarnos besos y caricias, y sueños con el futuro que teníamos pensado y que juntos íbamos a construir.

Es mi último día de trabajo en el hospital. Ha llegado el momento de preparar la maleta y poner rumbo a mi ciudad natal, Murcia. Quedan solamente cinco días para Navidad, y este año van a ser unas pascuas especiales. Nos vamos a reunir en casa de mi hermana Natalia o en la casa de mis padres, aún está por decidir debido a su «delicado» estado. Se encuentra en la recta final de su embarazo y en cualquier momento estaremos adorando al niño Jesús.

Sí. Le llamarán Jesús, como el de Nazaret. Jesús es el marido de mi hermana, y como bien manda en la tradición de los González —dato que tengo grabado en mi cabeza y en los cientos de mensajes de WhatsApp del grupo que tenemos en la familia—, se dice que el primogénito siempre llevará, y sin excepción alguna, el nombre de su padre y lo defenderá con orgullo y honor.

Yo, experta en chincharlo y picarlo, no paro de decirle que cuando nazca mi sobrino, no será más que un bebé. Solo eso. Un bebé con muchas probabilidades de nacer calvo y llorón, y que de momento no pronunciará ninguna palabra hasta pasados varios meses; que solo hará pipí y caca, que comerá y dormirá a partes iguales con mucha suerte y que el orgullo y el honor tendrá que posponerlo para unos cuantos años más adelante.

Sinceramente no sé qué es lo que le pone más nervioso. Si el hecho de ser primerizo o que su niño Jesús no desenvaine su espada y defienda su *título nobiliario*.

—Quizás ahora no, querida cuñadita, pero sí en un futuro y no muy lejano.

Ya lo verás. ya – lo- verás...

Esas fueron las últimas palabras que intercambiamos vía telefónica, cuando les comuniqué que, en un par de días, volvería a estar por casa.

—¡Val! ¿Ya has terminado tu turno? —pregunta Sergio, un pseudoadolescente hormonado con altos niveles de testosterona, y estudiante tardío en prácticas destinado en mi planta del hospital.

—Sí, acabo de cambiarme y ya me voy para casa. Estoy molida... —digo casi bostezando, haciendo un papelón de película digna de Hollywood.

—Había pensado que... quizá... podíamos quedar tú y yo solos. Cenamos y nos vamos a tomar las uvas, ¿qué me respondes a eso? —dice, tirando de un mechón de mi pelo.

—¿Las uvas? Faltan aún más de diez días para nochevieja, Sergio —bufo. Me desespera.

—Ya lo sé, pero me gustaría co-mér-me-las contigo.

«Co-mér-me-las». Un escalofrío me recorre de arriba abajo, no me ha gustado en absoluto el tono en el que había sonado esa confesión. Él se ha percatado de mi reacción y de forma repentina posa su mano sobre mi hombro. Con disimulo miro mi chaqueta. Mi agudizado oído ha escuchado el sonido que ha producido la marca de sudor que ha dejado inmortalizada su zarpa sobre mi americana.

Demasiadas confianzas para mi gusto, y creo que hasta incluso para las enfermeras que tenemos como espectadoras de esta terrible escena al más puro estilo hollywoodiense tras el mostrador de la planta.

Ese roce ha hecho que me estremezca, pero no en el mejor sentido de la palabra, sino de manera y forma repulsiva. Podía ver cómo su nuez subía y bajaba con un ritmo exageradamente marcado, haciendo que mis ojos no pudieran apartar la mirada de ese bulto que se movía sin parar de arriba abajo. Soy consciente de cómo va acumulando saliva dentro de su boca, e imagino cómo la almacena en esa pequeña e incipiente joroba que tiene, cual camello del desierto a punto de atravesar el Sáhara de punta a punta.

Rompo en carcajadas. No puedo seguir actuando en esta película, interpretando un papel que no quiero que me corresponda.

—Lo siento mucho, pero creo que lo mejor es irme a casa —logré escupir.

Solo quiero huir del lugar del crimen que estoy a punto de cometer, pues me encuentro hurgando en mi bolso, tentada a sacar mi espray de pimienta caducado con fecha de agosto de 2003. Con suerte, será más que efectivo, pues supongo que de este modo estará más concentrado, como los grandes *whiskies* que papá tenía escondidos bajo llave en el mueble *Blas*, como a él le gusta llamarlo.

Sergio parece no darse por vencido. En sus ojos puedo ver un brillo característico muy familiar. Es el mismo que yo tengo todos viernes tras terminar mi turno, cuando me dirijo a la pastelería que tengo justo enfrente de casa. Esa mirada con la perfecta combinación de deseo y lujuria hacia los *brownies* que doña Manuelita me guarda de la bandeja que prepara todas las mañanas.

Su mano, que regresa a la carga siendo sumamente veloz, vuelve a tener serias intenciones de rozarme, y yo, me siento como aquel pastelito de chocolate, de forma indefensa ante un gran depredador. Me aparto de inmediato esquivando la *caricia* que me ha regalado en los últimos minutos, pero su cuarenta y seis de pie me corta el paso.

—¿Cuándo vas a darme una cita, Val? Estoy harto de excusas. Me muero por conocerte, más a fondo. Tú ya me entiendes...

Sus dedos índice y pulgar se encargan de quitar la saliva acumulada en la comisura de sus labios. Mi estómago está empezando a sufrir espasmos, amenazando con serias náuseas, anunciando las arcadas que estoy segura de que vendrán a continuación. Mi paciencia estaba llegando a su límite, y este barbilampiño relleno de hormonas efervescentes parece que no se va a dar por vencido tan fácilmente.

—Mira, Sergio, con suerte, cuando vuelva de vacaciones, no tendré que volver a verte. Así que hazme un pequeño favor: puedes morirte ya si quieres, no voy a sufrir por ello. No voy a darte una cita, ni hoy ni nunca. Jamás.

Y sin apenas pensarlo, lo solté. No me sentía tan a gusto y satisfecha desde... desde... No lo recuerdo, pero me encanta esta sensación de heroicidad. Parece como si de un momento a otro fuese a desplegar mi capa de Superwoman y salir echando leches de aquí. Llevo aguantando a este ser algo más de dos meses y medio, y ya no podía seguir callada por más tiempo.

Solo me falta poner un último punto sobre esa i rosa y verde fosforita que no para de parpadear situada al final del pasillo, donde, por fin, lo perderé de vista.

—Sergio, yo misma me encargaré de decirle a las compañeras que no es necesario que usen el desfibrilador. ¡Hasta *nunqui*, capullo!



Capítulo dos

Las casi cuatro horas que duró el trayecto en tren las pasé en duermevela. La noche anterior había descansado poco, muy poco. Volver a casa, reencontrarme con mi familia, la ilusión por mi sobrino que está a punto de nacer... demasiadas eran las cosas que iban a suceder en las siguientes horas. Estaba nerviosa. No podía evitarlo. Llevaba sin ver a mi familia casi trece meses. En los últimos años, tan solo nos hemos reunido de Navidad en Navidad, y no por falta de ganas, sino de tiempo.

Mi trabajo me absorbe la mayor parte de día, aunque también de la noche en los turnos en los que estoy de guardia. Una verdadera locura. Trabajo como pediatra infantil en el Materno Infantil del Gregorio Marañón, y todavía no sé cómo he podido llegar a conseguir estos días de vacaciones con la que está cayendo en el hospital. Un importante brote de gripe mantiene la planta de pediatría al completo, y con tantos recortes estamos en mínimos en lo referente a personal sanitario. Me sabe fatal ausentarme, pero necesito tomarme este respiro. De momento, voy a intentar no pensar demasiado en el trabajo ya que eso me encargo de hacerlo diariamente. Procuraré limitarme a disfrutar de los míos y de las fiestas, que es lo que verdaderamente quiero y necesito en estos momentos.

Tras salir de la estación de tren, los veo. Están ahí esperándome: papá,

mamá, mi hermana y mi cuñado; el cuarteto al completo. No puedo evitar salir corriendo en su busca entre un mar de lágrimas saladas, buscando ese abrazo que tanto ansío para que llegue a mí lo antes posible. ¡Tenía tantas ganas de verlos! Y es que si en algo soy experta, es en ser la protagonista de mi propia soledad. Si algo echo demasiado en falta en mi vida solitaria de Madrid, entre otras cosas y sin lugar a dudas, siempre será mi familia.

«Y también a él».

Durante los tres años y cuatro meses anteriores no he tenido demasiado tiempo, y, siendo sincera, tampoco excesivas ganas de pensar mucho más que en centrarme en mi futuro, y en borrar de mi cabeza a... No importa.

Me comprometí de lleno conmigo misma, anhelando convertirme en lo que siempre había soñado, y sí, estoy muy orgullosa de haberlo conseguido.

Tras mi obligado punto y aparte, no he encontrado ni buscado pareja. Tampoco la he deseado. ¿Nuevas amistades? Menos aún. Quizá debería haber hecho hincapié por crear un nuevo círculo de amistades, ya que perdí muchas con su partida: las que conservo me bastan, o, mejor dicho, deben de bastarme.

Sigo moviéndome y jugando en esta espiral, en el mismo rol de siempre. El único que me funciona y que de momento me va bien. Cuando tengo tiempo, no tengo ganas y cuando tengo ganas..., no tengo tiempo. Alejo me dejó tocada, muy tocada, para qué negarlo. Sigo pensando en él y en lo que se hubieran convertido nuestros puntos suspensivos tras su partida.

—Valeria, hija, cada año estás más delgada —confiesa mamá entre pucheros.

Mi madre y el mismo discurso de: siempre juntos de la mano hasta el infinito y más allá. Aun así, debo dar gracias a los astros o, en su defecto, a quien quiera sea, pues lo extraño es que no lo ha gritado a los cuatros vientos nada más verme aparecer por la puerta de la estación. Estoy segura de que todo este gentío que hay congregado en la terminal buscaría a esa tal famélica que anuncia mi discreta madre.

—Mamá... —susurro junto a su oído—. Siempre igual. Yo también me alegro de verte, por cierto. Estoy como siempre, mírame. Peso lo mismo que siempre, tengo la misma talla. no puedo estar más delgada como tú dices.

—¡Pues algo tienes!, ya te lo digo yo, que soy tu madre y te conozco muy bien —recalca con ahínco—, ¿verdad, Eufrasio? ¿A que a la niña le pasa algo? —sigue sin darse por vencida.

—La niña está como siempre, ¿no la ves? —Papá coge mi mano y me hace girar sobre mi mismo sitio, igual que cuando era pequeña y cursaba *ballet* en la academia de *madame* Flaubert—. Igual de guapa..., igual de dulce —dice, posando un beso sobre mi frente.

Siguen como siempre, no ha cambiado nada entre ellos. Mi madre tan desenvuelta y atrevida, y mi padre tan dócil y manejable. Tal para cual.

Treinta y dos años de matrimonio dan fe de su eterno amor. Yo soy la hija menor y la última en sumarse a la generación familiar de los García Mendoza.

Nací cuatro años después de que Romeo y Julieta se unieran en santo matrimonio, con la prodigiosa misión de colocar la última guinda al interminable pastel de merengue rosa, adornado con sombrillas de papel y cisnes que aún conservan del gran día de su boda, y que de manera sobrenatural, preside la mesa del salón comedor de casa.

—A ver, ¿dónde está mi sobrino?

Un fuerte abrazo hace que mi hermana gruña sobre mi hombro.

—¡*Auch!* Tu sobrino tiene muchas ganas de salir, pero no se decide aún. Tengo muchos dolores, Val, esto es insoportable. Y todavía me quedan diez días para salir de cuentas.

—No creo que aguantes mucho, Natalia, tu barriguita dice todo lo contrario.

—¿Y la mía? ¿Qué dice la mía, cuñada? —Jesús, tan bromista como siempre...

—La tuya dice que no la llenes tanto de cerveza. Mírate, ¡si tienes la misma barriga que mi hermana!

Las risas de todos hacen eco en los soportales de la estación, y sorteando las grandes columnas que hay en ella, nos encaminamos hacia el coche.

No tardamos más de veinte minutos en llegar a casa. Esa es una de las ventajas de no vivir en la gran capital.

Mi hogar, dulce hogar, sigue como siempre. Con su característico olor a canela y por las enormes figuras de perros Dálmata que mi madre sigue manteniendo y presidiendo cada una de las puertas del pasillo de casa, porque, según ella, siguen estando de moda.

«Sí mamá. De moda en los años ochenta. Ahora, no tanto».

Mi habitación sigue manteniendo el mismo aspecto que los últimos doce años. No ha cambiado nada. Misma pintura, misma colcha, mismas cortinas. Es como si no hubiera pasado el tiempo, como si siguiera viviendo aquí en Murcia con ellos.

Coloco la maleta sobre la cama con sumo cuidado, inhalando pausadamente el perfume de todos los recuerdos que están colándose en mi cabeza para que no se desvanezcan. Abro la maleta para poder colocar la ropa en

el armario y me sorprendo al ver lo que hay en su interior.

Ladeo la cabeza para un lado y otro, incrédula al descubrir lo que hay en una esquina de mi equipaje, envuelta en la bufanda de pelo granate. No sé en que estaría pensando en el momento que estaba metiendo cosas en ella, pues conmigo se ha venido la última bola de nieve que me regaló Alejo.

La agito. Una vez. Otra vez. Me encanta cómo vuelan y caen los copos de nieve sobre el pino y el tejado de la diminuta casita que hay en su interior. La coloco sobre la cómoda y me dejo cautivar por la magia que desprende, recordando aquel momento. Mi hermana me despierta de mi ensimismamiento desde el umbral de la puerta.

—Valeria, ¿te apetece que vayamos al centro comercial a hacer unas compras? Aún no tengo los regalos de papá y mamá. Así podemos pasar un rato juntas, y charlar. ¿Te parece?

«¿En serio? ¿Está haciendo pucheritos?».

—No tienes remedio... Cómo decirte que no con esa carita... Me cambio y nos vamos.



Capítulo tres

La tarde la pasamos de forma animada, demasiado para una mujer que está a pocos días de dar a luz. En pocos minutos nos pusimos al día de todo lo que teníamos pendiente por contar, incluso con el último episodio del capullo de Sergio.

Casi se atraganta, incrédula, con el último bocado de la tarta de manzana que estaba tomando, recetada como antojo preferente, para no variar, por Jesús.

Agradecí que el tema tabú no saliera a la palestra. Por más que intente engañarme, Natalia sabe toda mi verdad. Sin ser gemelas, con solo una mirada sabíamos qué decir y qué no en todo momento.

Mamá y los demás —aunque sobre todo ella— están encaprichados en buscarme un novio, un amigo especial, un «lo que sea». Da igual como quiera llamarlo, tengo carta libre. Pero quieren que ese *algo* esté ya presente en mi vida, aun sabiendo más que de sobra que sigo sin estar preparada para enfrentarme a nada.

Intenté distraerla en vano, haciendo caso omiso a todas las miraditas malintencionadas que me refería cuando pasaba por nuestro lado algún chico «AGIL»: atractivo, guapo, interesante y libre. Pero Natalia, que es tan mala celestina como mi querida madre, les confesaba y gritaba a todos los muchachos que pasaban cerca de su sillón de mimbre lo mismo, cual disco rayado: «¿No te interesa tenerme como cuñada?». Sí, bochornosa situación.

Después de tachar todos los puntos de la lista, de comprar todos los regalos

pendientes y de hacer todas las compras necesarias, volvimos a nuestra cafetería favorita para tomarnos unos gofres con chocolate caliente. Esta vez, la del antojo era yo, pues todavía no había encontrado en Madrid ninguna cafetería donde los pusieran tan sabrosos como estos.

Mañana por la noche celebramos el nacimiento de Jesús, el que nació hace más de dos mil años, no el que está por venir, y papá, mamá y yo estamos entrando en el mercado de abastos para compra lo que necesitamos para la cena.

Este año, solo cenaremos los cinco. La familia restante se ha ido al norte, no sé exactamente dónde, y tampoco me importa, pues apenas mantenemos el contacto.

—Pues tu tía Ana se ha ido también, y mira, parece que le importa poco que el niño Jesús vaya a nacer en los próximos días. Eso no se hace Eufrasio, ya te lo he dicho, dejarme a mí en estas circunstancias, por el amor de Dios.

Mi madre grazna tirando fuertemente del carrito de la compra, mientras mi padre y yo la seguimos a la carrera entre silenciosas risas que pasan desapercibidas por su increíble oído de tísico.

—Cuando le toque a ella ser abuela, me iré al Caribe, a buscar al Curro ese de la tele. Que luego no llore, ¡¿eh, Eufrasio!?! Tengo un cabreo, Valeria... Esto no me lo esperaba, ha sido un jarro de agua fría —confiesa entre fingidos pucheros.

—Mamá, quizá no deberías esperar tanto de la gente. Tarde o temprano acaban fallándote —subrayo.

—¿Pero ahora quién te ha fallado a ti para que digas eso? No te entiendo, hija.

—Mira, mamá, no intentes entenderme. Lo que más ansío es que mi futuro sobrino nazca antes de volverme para Madrid. Tengo por delante quince días para disfrutar de los míos, y no estoy dispuesta a malgastar ni un solo segundo más hablando de la tía Ana. Así que vamos, que si no se van a llevar lo mejor de la lonja y nos tocará escuchar otro de tus discursos.

—¡Eufrasio! ¡La niña se nos subleva! —replica.

—Vale, Isabel... Tú mira hacia delante, no vaya a ser que te choques con un árbol. —Papá me guiña un ojo y me agarra fuertemente del brazo.

Lo que yo digo, tal para cual. Me apena perderme estos episodios al estar en Madrid, pero, por otro lado, no sé si aguantaría este ritmo todos los días.

Hoy es Nochebuena, y desde bien temprano ya estamos preparándolo todo para la cena. Al final nos hemos decidido por celebrarlo aquí en casa. Según mamá, los hijos son los que van a casa de los padres a cenar, y nos los padres a la casa de los hijos.

«Mamá y sus extrañas normas y manías de protocolo social».

El tradicional pavo relleno de mi madre ya se está asando en el horno, y papá se encarga de estar pendiente de él. Mi madre lo ha sentado en una silla cual vigilante de seguridad.

Mientras tanto, Jesús se ocupa de sacar las bebidas del botellero y de poner la mesa, confesando que va a hacerlo a su *manera*.

Las chicas de la casa estamos preparando las bandejas con el marisco, los aperitivos y canapés.

—¡Eufrasio! ¡Levanta y deja el pavo! ¡Que ya va a empezar el discurso del Rey! —Mamá chilla eufórica, tal y como hace todos los años, dando saltitos de emoción sobre su asiento.

«Es la tradición. Hay que verlo antes de empezar la cena. Si no, no come nadie». Más protocolo extraño.

—Pues creo que no vamos a poder verlo, porque acabo de romper aguas — dice Natalia casi tartamudeando, apoyada en el quicio de la puerta del comedor —. ¡Val!, ¿esto tiene que doler tanto?



Capítulo cuatro

La cara de mi hermana está totalmente pálida. Sus manos están heladas y se lamenta por el estropicio que acaba de armar. Me acerco hasta ella y la estrecho entre mis brazos, tal y como ella hacía de pequeña, cuando los populares del colegio me hacían la puñeta durante el recreo.

—Solo un poco hermanita —le susurro junto al oído—. Todo irá genial, ya verás. Yo estaré contigo en todo momento. No te dejaré sola.

Todos están en shock y han enmudecido.

—No quiero parecer borde, pero... ¿qué diablos os pasa? Venga, ¡despertad! —intento chasquear mis dedos en vano—. ¡¡¡Vamos!!! —ordeno.

Cual mago Houdini, me encuentro delante de tres pasmarotes agitando mis brazos y mis manos, para que despierten del encantamiento al que se han sometido tras las palabras de Natalia. Mi crispación va en aumento, nadie se mueve. No hacen nada. No pestañean y me hacen dudar sobre si aún siguen respirando. Me veo en la obligación de dar instrucciones sobre las tareas que tienen que realizar cada uno, porque a este paso me temo que al final serán cuatro los atendidos en el área de urgencias.

—Jesús, ¡espabila, joder! Tú ve a por el coche; mamá, coge el bolso y toda la documentación de Natalia; y tú, papá, ayúdame. ¡Vamos! De un momento a otro van a empezar a llegar las contracciones y va a necesitar otro brazo donde agarrarse. Estoy segura de que yo sola no voy a poder.

«¡Qué *manijera* estoy hecha, por Dios! ¡Cada vez me parezco más a

mamá!».

Conforme vamos bajando las plantas del edificio, mi madre ha ido avisando a todas las vecinas de la buena nueva. Salimos a la calle entre aplausos y vítores. ¡Esto es bochornoso! Hasta Conchita, la antipática vecina del primero, ha salido con su bata de *guatiné* medio desabrochada, dejando al descubierto las transparencias de su desgastado camisón, gritando a pleno pulmón que no oyen el discurso del Rey con tanto alboroto. «Otra protocolaria...».

Jesús ya está esperándonos en la puerta y, a la carrera, en menos de diez minutos, llegamos hasta el hospital. No hay apenas tráfico. Guardamos silencio, nadie pronuncia palabra. No se escucha otra cosa más que la respiración agitada de mi hermana.

Desde admisión les indican a Jesús y Natalia que deben dirigirse hacia a la sala de espera de la consulta de ginecología, donde le realizaran una exploración. Mientras tanto, yo me quedo esperando en ventanilla para que le asignen una habitación y cama.

Estoy nerviosa, lo admito. En los últimos minutos no he dejado de pensar en el cambio que va a suponer este nacimiento en nuestra familia. Las emociones están a flor de piel, y me sorprende rebuscando en el bolsillo de mi abrigo un pañuelo. A mis treinta y dos años, voy a convertirme por fin en tita, en la tita de un precioso bebé.

Con la documentación en la mano, papá, mamá y yo nos dirigimos a la sala de espera, ansiosos de nueva información.

Son las once de la noche y mi estómago ruge como un fiero león. Tengo hambre, mucha hambre, pues a mediodía apenas he probado bocado para intentar hacer hueco para la cena. Ha sido todo tan precipitado que no nos ha dado tiempo a comer nada. Me dirijo a la cafetería para probar suerte, por si aún está abierta.

De repente, la cicatriz de mi barbilla empieza a picarme. De forma automática, mi mano la acaricia para que se calme y entonces me doy cuenta de que hay alguien a quien conozco justo en la mesa del centro de la cafetería. Centro mi mirada en él, y no es otro más que Alejo, ataviado con una bata blanca y sentado en una mesa, cabizbajo y haciendo girar la tapadera de un vaso de plástico.

Sigue igual que siempre, justo como la imagen que guardo en mi memoria, y aunque solo han pasado cuatro años desde la última vez que nos vimos, en su cabello ha aparecido alguna que otra cana; en su cara, alguna que otra línea de expresión nueva. Sigue conservando la misma sonrisa arrebatadora de siempre cincelada en su rostro.

Su mano corre veloz hasta el bolsillo de su pantalón. Saca su teléfono

móvil y mira su pantalla con el ceño fruncido, un tanto extrañado. Lee algo que le hace gracia, pues en su boca se ha instalado uno de mis mejores recuerdos: su felicidad tan contagiosa, su risa..

Mis pies, que ahora parecen de hormigón, impiden que me mueva del sitio. Pero ¿qué hace aquí? ¿Y San Francisco? Porque esto es Murcia.

Por puro instinto, levanta su cabeza, olvidando por completo el juego que estaba realizando con sus manos y dirige su mirada hasta el lugar donde estoy. En su cara se refleja la duda; en sus ojos puedo observar la incredulidad que le produce la visión que está teniendo en este mismo momento. Se guarda torpemente el móvil en su bata y se levanta de su asiento.

—¿Valeria? ¿Eres tú? —Sigue sin dar crédito a que lo ven sus ojos.

«Sí amor, soy yo».

Me encamino hasta el punto exacto donde se encuentra, y ambos nos miramos a los ojos. Trago saliva, intentado humedecer la garganta que se me ha quedado seca. El silencio reina entre nosotros. Sigo mirándole, no puedo hablar. Mi cabeza, que va mil revoluciones, se permite el lujo de dar un paseo rápido para seguir navegando entre mis recuerdos. Me muerdo el labio, me encojo de hombros. Todas mis terminaciones nerviosas se han amotinado contra mí, haciendo que me estremezca.

—Alejo... —No puedo seguir hablando, no sale ni una palabra más de mi boca.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás enferma, Val? —Hace ademán de tocarme la mano, pero declina su acción en el último instante, como si esta estuviera en llamas y no quisiera quemarse, como si fuese el fuego que una vez fuimos.

—Oh, no, tranquilo. Es Natalia que se ha puesto de parto —logro escupir.

Y otra vez vuelve el silencio incómodo a hacer su presencia. Ninguno de los dos sabe qué decir, ni qué hacer. Es como si no hubiera pasado el tiempo.

Un *déjà vú* se abre paso entre los demás recuerdos que siguen amotinados en mi cabeza, y esta extraña situación me recuerda al último momento que tuvimos juntos en el aeropuerto, antes de que Alejo embarcara para poner rumbo a San Francisco.

—¿Te apetece un café? —digo nerviosa, sin muchas esperanzas.

Y otra vez, el maldito, incómodo y atronador silencio.

—No puedo. Debo volver a mi guardia, pero después te buscaré, Val. Termina a las doce.

Y sin poder pronunciar palabra, asiento con la cabeza.

Recuerdo el día que nos conocimos en la facultad. De igual manera, también me dejó casi extasiada, sin habla, sin la capacidad de reaccionar a tiempo, y es que eso es lo que Alejo provoca en mí: una mezcla explosiva de sentimientos y acciones inexplicables. Un sinsentido. Una atracción fatal que hace que, en estos mismos instantes, siga deseando uno de sus besos, o una de sus caricias tan adictivas.

A las doce y cinco minutos de la noche hace aparición junto al umbral de la puerta de la sala de espera. Está guapísimo, muy habitual en él. Como siempre.

Su bufanda verde aceituna acentúa aún más el hipnótico color de sus ojos ambarinos. Sigue conservando el mismo *sexapil* de sus pasos al caminar con ese movimiento de cadera tan característico en él, como si estuviera trotando. Parte de culpa, la tienen los vaqueros que lleva, pues parecen hechos a medida. El cabello lo lleva un poco más largo y capeado que la última vez que no vimos, pero de igual forma le queda genial. Su abrigo gris cruzado, cae sobre sus hombros de manera fastuosa, ajustándose a la perfección en su ancha espalda.

No ha perdido ni un ápice de su encanto, y yo lo seguía viendo igual de guapo que siempre. O incluso más aún, para qué engañarme. Sigo estando enamorada de este chico, bueno, en realidad, ya de este hombre. Nuestros puntos suspensivos fueron dolorosos, pero nuestro punto y aparte aún más. Sigo sin encontrarle lógica a todo esto por más que lo intente, pero mi cabeza no para de recordarme que lo que no pudo ser en el pasado, no lo será ahora en el presente, y mucho menos en el futuro.

—¡¡¡Alejo!!! Alejo, cariño, ¿eres tú? —. Mi madre agita su brazo sin parar hacia un lado y hacia otro. «Sí mamá, es él. Y ya te ha visto, ¡ahora baja ese brazo, por Dios! ¡SOS, SOS!»—. Eufrasio despierta —le propina un fuerte codazo en el costado—, que está aquí *el* Alejo de la niña.

De forma automática, tras el impacto del golpe recibido, mi padre pega un salto en la silla hasta colocarse en pie. Alejo, por su parte, entiende que mi padre se ha levantado para chocarle la mano y así lo hace. Mi madre, sin embargo, a pesar de su metro cincuenta y uno, se las ingenia bastante bien para arrearle dos besazos sonoros en cada mejilla, poniéndose de puntillas hasta colocarse a la altura del metro noventa de Alejo.

—Y a la niña, ¿qué?, ¿no me la saludas? Venga, levántate, Valeria. Es Alejo, ¿no lo ves?

Las cejas de mi madre son todo un espectáculo para quien no las haya visto nunca en acción. Es experta en hablar en código morse con ellas, y en estos momentos, sumado al particular brillo de sus ojos, me está confesando que su vela a San Judas ha surtido efecto.

«¡Qué bochorno! La celestina vuelve a las andadas...».

Me levanto de mi asiento tal como ha ordenado mi madre. Como para llevarle la contraria... Los dos hacemos ademán de darnos dos besos en señal de saludo, con tan mala —¡suerte!— pata de dirigirnos ambos en la misma dirección, haciendo que nuestros labios choquen estrepitosamente. Tras varios segundos, ambos contenemos la respiración tras las chispas que han resurgido de sus cenizas, tal y como pasó la primera vez que lo hicimos. Una descarga eléctrica hizo que mi cuerpo despertara de su letargo y recobrará vida de nuevo.

—Así me gusta, ¡como en los viejos tiempos! —dice mi madre con ese brillo especial en sus ojos.

—Ha sido un accidente, mamá —susurro entre dientes—. Por favor, déjalo estar —suspiro frustrada—. Lo siento, Alejo.

Estoy segura de que mis mejillas han adquirido el mismo tono rojizo que la gran estrella que adorna en la cúspide del pino que hay en la sala.

—Déjate de tonterías, Valeria, ¿verdad Eufrasio? Hombre, di algo. Mira la niña lo que dice —insiste.

Mi madre se ha cruzado de brazos en señal de indignación y los hace rebotar una y otra vez contra su voluptuoso pecho.

—Yo no he visto nada, estaba durmiendo. A mí déjame de tus historias, no quiero verme involucrado en tus líos de celestina barata —grazna mi padre.

Esto es un auténtico espectáculo. Parece estar en medio del rodaje de un capítulo de la mítica serie de Pepa y Pepe: mi madre tan ofendida y mi padre tan despreocupado como siempre.

Alejo y yo nos miramos y nos echamos a reír. No era para menos.

—Valeria, ven conmigo. Vamos a preguntar cómo está tu hermana. —Y la chispa eléctrica vuelve a correr a la velocidad de la luz por todo mi cuerpo con el roce de su mano sobre la mía—. Si nos disculpan, en un momento volvemos.

Asiente con la cabeza en dirección a mis padres en señal de permiso, igual de caballero que siempre...

Sin pensárselo dos veces, tira fuertemente de mí. Nos encaminamos hacia un largo pasillo, después por otro, uno más hacia la derecha y luego por otro hacia la izquierda. Del interior de su bolsillo saca unas llaves con un llavero que me resultaba familiar, y abre la puerta que hay frente a nosotros. Me invita a

pasar, pero dentro no hay nadie. Enciende la luz y los fluorescentes empiezan a parpadear. Mis ojos intentan adaptarse a las intermitencias de los focos, pero su cuerpo bloquea al mío, haciendo que quede prácticamente empotrada contra la pared. Coloca sus manos sobre mis mejillas, obligándome a dirigir la mirada hasta su boca, para deleitarme con cada movimiento que realiza lenta y concienzudamente.

—¿De verdad ha sido un accidente, Valeria? —Alejo me miraba fijamente a los ojos ansioso por una respuesta.



Capítulo cinco

—¿Qué haces aquí, Alejo? —No podía pensar en otra cosa.

«En eso, y el sabor de sus labios sobre los míos».

—Nunca debí marcharme, y nunca debí dejarte. No he dejado de pensar en ti ni un solo día, Valeria.

Las lágrimas amenazan con salir de paseo, con muchas ganas de hacerlo a sus anchas y yo ya no puedo hacer más por intentar retenerlas.

«Delante de él no, ¡por favor!».

—No has contestado a mi pregunta.

—Ni tu a la mía... Empate —suspira—. Llevo aquí cuatro meses. Salió una plaza fija y era el momento de volver. No sabía que estabas aquí, te hacía en Madrid. Has cambiado de número de teléfono. Te llamé, Val. Necesitaba verte.

—Y sigo allí. Trabajo allí. He venido a pasar la Navidad con mi familia.

No soy consciente de lo cerca que está de mí hasta que noto su dulce aliento sobre mi rostro.

Todo parece un sueño. Temo que si vuelvo a parpadear, Alejo se esfumará y desaparecerá tan fácil como le resultó hacerlo años atrás. Sus manos se entrelazan con las mías, y aquel beso accidentado que nos habíamos dado antes en la sala de espera es solo el preludio de lo que va a suceder a continuación. Nuestros labios están cada vez más cerca, y nuestra respiración más agitada.

De repente, unas voces se cuelan en la habitación. Proviene del pasillo e interrumpen lo que debería haber ocurrido. No cabe duda alguna: es mi madre

gritando a los cuatros vientos que mi hermana acaba de dar a luz, y que ya es oficialmente abuela de un niño precioso. La magia que se había creado se acaba de esfumar.

—Tengo que irme. Tengo que ir a conocer a mi sobrino.

Desuno nuestras manos y salgo disparada por la puerta. Necesito respirar aire fresco y que mi corazón vuelva a latir de una forma menos violenta. Me encamino hasta las voces y allí está. Mi madre sostiene en brazos un precioso bebé. Nuestro Jesús ha nacido ya, a las doce y un minutos exactamente según nos cuenta la matrona.

Noto cómo mis mejillas se humedecen, y no sé si es por lo que acaba de *no* ocurrir entre Alejo y yo, o porque mi hermana y mi sobrino se encuentran en perfecto estado.

Unos pasos se oyen tras de mí, y el inconfundible aroma amaderado de su colonia me indica quien es, sin necesidad de darme la vuelta y averiguarlo. Ya en la habitación, los seis charlamos animadamente durante un buen rato.

Mi hermana, también asombrada al descubrir que Alejo ha vuelto a España, y a pesar del notable cansancio visible en su cara a consecuencia del parto, se las ingenia para enviarme un mensaje en morse con sus cejas.

«Menuda herencia le ha dejado mi madre a la celestina barata número dos».

Es tarde. Es hora de volver a casa. Los dejamos descansar, despidiéndonos y prometiendo vernos el día siguiente.

—Alejo, que digo yo que te vienes a casa a cenar, ¿verdad? Es Nochebuena, y hay que pasar la noche en familia, así recordamos viejos tiempos. A no ser que tengas planes... Aunque si los tienes me da igual, te vienes igualmente. Eufrasio di algo.

—Yo... tengo hambre Isabel. ¿Nos vamos? —confiesa mi padre sin muchas esperanzas por haber elegido la respuesta correcta.

Mi madre suspira y casi lo descuartiza con la mirada. Cuando mi madre habla, a la misma vez dictamina, y no hay otra opción posible. Nos dirigimos a casa en el coche. Alejo y yo vamos sentados en los asientos de atrás. Papá conduce, y mamá no para de hablar, como de costumbre.

Subimos a casa y nos sentamos a la mesa para disfrutar de la cena. Alejo no me quita el ojo de encima, lo mismo que yo a él. Demasiadas preguntas se formulan en mi cabeza, y ya no sé si el mareo que tengo es a causa del vino o la incredulidad que me produce tenerlo sentado en la mesa, en esta noche tan especial.

Durante la cena habla animadamente con mi padre sobre todos los logros que ha conseguido gracias a la beca que recibió. No puedo pronunciar palabra

mientras comemos, tengo el estómago revuelto con tantas emociones.

Pensamientos fugaces siguen sin dar tregua a este batiburrillo formado en mi cabeza, y me encuentro confesándome a mi misma y admitiendo que sigo queriendo y amando a este hombre. Millones de dudas rondan en mi cabeza sobre qué pasará ahora con nosotros dos, ahora que ha vuelto a España para quedarse para siempre.

Ha accedido a cenar con nosotros.

Ha estado a punto de besarme en el que supongo que es su despacho.

Mi cabeza está hecha un lío, y mi corazón, loco de alegría.

Me levanto de la mesa, no sin antes disculparme. No me entra nada. Me encamino hasta mi habitación, y el mismo inconfundible aroma amaderado de su colonia me persigue tras el estrecho pasillo. Abro la puerta y entra seguido de mí.

—Todavía la conservas. —Agita la bola de nieve que me regaló y la vuelve a dejar en el mismo sitio que estaba.

—Conservo muchas cosas. —Me permito el lujo de perderme una vez más entre mis recuerdos.

—Tenemos mucho sobre lo que hablar, Val. —Su voz adquiere un tono melancólico.

—Creo que nos lo dijimos todo, Alejo.

—No, aún no. Tenemos mucho por decir. Te recojo mañana a las doce.

Se acerca hasta mí, me planta un dulce beso en los labios con sabor a promesa y se marcha. Y, de nuevo, me deja sin argumentos para rebatirle y decirle que no es buena idea; que el tiempo ha pasado y que no es bueno aferrarse al pasado.

La puerta se abre de nuevo.

—Por favor, vete —consigo articular con pesadumbre—. No es buena idea, Alejo.

—Pero ¿qué Alejo? Soy yo, hija —suspira—. ¿Por qué no va a ser buena idea? Sabes de sobra que no eres la misma desde hace ya un tiempo. Sigues pensando en él. Si no, ¿por qué la tienes todavía? —indica en dirección a la bola de cristal.

—Pues porque me gusta, mamá —resoplo.

—¿La bola o él? No seas tan dura contigo misma. —Me besa en la sien—. Duérmete y descansa, mi niña, mañana será un gran día.



Capítulo seis

Apenas he descansado esta noche. He estado soñando con él, reviviendo mil y una situaciones en los cientos de lugares donde hemos estado juntos. Estaba tan encantada con ello que me gustaría que volviera a suceder hoy y siempre.

Alejo llegará de un momento a otro, y hablaremos. Al menos eso dijo anoche. Pero ¿sobre qué? No tengo ni idea. Ha pasado demasiado tiempo y no sé nada sobre él.

¿Y si tiene pareja?

¿Y si está casado?

Quizás, el beso de despedida de anoche fue de forma cariñosa en plan amigos, una oda al pasado. Aunque... ¿y lo que iba a suceder en su despacho y no ocurrió?

A las doce en punto de la mañana, el timbre de casa suena. Y mi corazón empieza de nuevo a latir de forma violenta.

«25 de diciembre... ¡Pum, Pum, Pum!».

Sonrío ante tan irónica ocurrencia justo cuando hace su aparición por la puerta. Está guapísimo y tiene en su cara esa sonrisa divertida y contagiosa, la misma de siempre. Otra vez mudos y mis pies vuelven a convertirse de hormigón, impidiéndome dar un solo paso. Parecemos dos tontos enamorados que llevan un tiempo sin verse.

«Valeria, eso sí que es irónico».

—Feliz Navidad, preciosa. —Se inclina y me da un beso en la mejilla. Mi

madre, desde atrás, rebusca en el bolsillo de su mandil un pañuelo convertido en una bola.

—Feliz Navidad para ti también, Alejo.

«¡Pum, Pum, Pum!».

—Doy por hecho de que no comeréis aquí, ¿verdad, tortolitos? —Vuelve el código morse a instalarse en las cejas de mamá...—. Si no le importa, Isabel, me gustaría mucho pasar el día con su hija.

Definitivamente, con este hombre me derretiré como un muñeco de nieve que pelagra tras asomar los primeros rayos de sol de una prometedora primavera.

—Para nada, nosotros iremos al hospital a ver a nuestro nieto. Pasaremos el día con Natalia, así que a hacer cosas de enamorados. Tenéis la casa para vosotros solos, pero un respeto. Eso sí que me gustaría, Alejo, que lo cortés no quita lo valiente. —Con cada palabra pronunciada, mi madre va dándose golpecitos en el pecho, en señal de indignación.

—¡Mamá, por favor! —Esta mujer no tiene remedio. No va a cambiar nunca.

Alejo empieza a reír tras mi reacción, y no es para menos.

Mi madre puede resultar de lo más alcahueta cuando se lo propone, y cuando no, también. Lleva encabezada en buscarme pareja desde nuestra ruptura, y está viendo que existe un alto porcentaje de probabilidades que se su hijita cambie por completo su estado sentimental.

«Y yo también».

Él lo ha sido todo para mí. Mi primer amor; él fue quien me dio mi primer beso. Uno de película, uno que fue a cámara lenta como si de una película se tratase. Dos bocas torpes, inexpertas, rozándose y estrechando un vínculo tan especial que ninguno de los dos éramos conocedores hasta un tiempo después.

Mi corazón explotaba cada vez que lo veía, descomponiéndome en mil pedazos para después volver a armarme y reconstruirme con cada abrazo, con cada caricia, con cada beso.

Después los cinco años que estuvimos juntos, jamás he vuelto a sentirme tan especial y única al lado de nadie. Fuimos amigos, novios, amantes. La mejor época de mi corta vida.

—Vamos, llegamos tarde. Nos esperan —murmura junto a mi oído.

—¿Nos esperan? ¿Quién nos espera? —No entendía nada.

Casi a la carrera, nos adentramos por las calles del casco antiguo, hasta dar con una carpa que había instalada en una plaza. En su interior, una pista artificial de hielo.

—¿Vamos a patinar? —confieso con incredulidad.

—¿Ya no te gusta? —El pánico se adueña de su cara.

—Claro que sí. Es solo... que no me lo esperaba. Me sigue encantado.

Nos ponemos las botas de patinaje y nos deslizamos sobre ella no sé durante cuánto tiempo. Cada uno por su lado, pero sin perdernos de vista, observando todos nuestros movimientos.

Cada vez patinamos más cerca, hasta que, al final, acabamos cogiéndonos de la mano, patinamos juntos, completando el recorrido una y otra vez.

Todo parece irreal, como si de un sueño se tratara. No sé qué es todo esto. Me da miedo que llegue el momento de hablar, pero siendo sincera conmigo misma, yo solo quiero aclarar todo esto que está sucediendo. En unos días, tendré que volver a Madrid, y no sé de qué forma o en qué estado.

—Venga, tenemos una reserva para las dos. Es hora de cambiarnos.

Supongo que todo forma parte de su plan, lo tiene todo organizado.

Andamos unas calles más arriba, hasta encontrarnos delante de un restaurante muy pintoresco. Decorado con un gusto exquisito, al más puro estilo rústico, adornadas con grandes losas de piedra sobre sus paredes y unos exquisitos óleos, llegamos a un salón privado donde hay preparada una mesa para dos. En la parte central del comedor, una gran chimenea nos regala el chisporroteo de la leña al crepitar.

—Espero que siga gustándote la carne, aquí es excepcional a la brasa — confiesa.

Asiento con la cabeza. Me siento como una niña pequeña a la que su padre tiene que guiar de un lado para otro, para que no se pierda, indicándole cada cierto tiempo hacia dónde vamos a ir y que es lo que vamos a hacer.

Mi incertidumbre, estaba empezando a pesar demasiado, y otra vez el mismo mareo de anoche vuelve a brindarme su presencia, con la gran diferencia de que, aún, no he probado sorbo alguno de la copa de vino.

El *maître* se acerca hasta nosotros, y Alejo pide por los dos.

Me conoce mejor que nadie, incluso mejor que mi propia madre. A los pocos minutos, el camarero vuelve a aparecer con algunos entrantes. Tras varios sorbos a mi brebaje, encuentro el valor suficiente como para lograr articular palabra.

—Creo que tenemos una charla pendiente —digo mirándolo directamente

a los ojos—. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir aquí sentada sin derrumbarme —declaro.

—Yo no lo creo así, Val —replica muy serio.

Estaba muy seguro de sí mismo. Parecía que estaba ya dando por hecho aquel futuro que una vez escribimos. No podía resultar tan fácil.

—Alejo, no sé nada de ti. No he sabido nada de ti en los últimos cuatro años, no sé por qué has vuelto; no sé por qué hemos tenido que volver a encontrarnos.

Intentando guardar la compostura, y modificando sobre la marcha todos mis argumentos y el discurso mental que había preparado mientras patinábamos, logro terminar de decir todo lo que he estado callando desde la noche anterior.

—No quiero retomar lo nuestro con cientos de kilómetros de por medio. No quiero que dentro de unos meses volvamos a poner puntos suspensivos a nuestra relación, o en lo que quiera que vaya a convertirse esto —enfático, señalándonos—. No estoy dispuesta a sufrir otra vez, no puedo seguir haciéndolo. Te he echado mucho de menos, Alejo. Mucho. He pensado en ti todos los días durante estos malditos cuatro años. No es justo esto que estás haciendo.

Su mano cruzó la mesa para colocarse justo encima de la mía.

—Yo también te he echado mucho de menos, Valeria. He maldecido millones de veces aquel odioso once de noviembre. Me fui a San Francisco sabiendo que te había perdido justo en el momento que acepté aquella beca.

Su confesión me está dejando helada, a pesar de que la llama de la lumbre roza la garganta de la chimenea y el calor que desprende el fuego es más que notable.

—He pensado en ti todos los días —continúa—, y he deseado volver cuánto antes, pero no he podido. No ha habido nadie más en todo este tiempo, te lo juro. Solo has estado tú. Siempre serás tú.

El camarero vuelve a aparecer con los platos, resguardados con sumo cuidado por una campana plateada. Los coloca a ambos lados de la mesa y Alejo se encarga de destapar el mío. Dentro, sobre un plato circular con motivos navideños, se encuentra un pequeño paquete con un envoltorio plateado, adornado con una cinta de terciopelo rojo.

—Ábrelo, por favor —susurra.

Desenvuelvo el paquete, ansiosa por saber qué es lo que hay escondido en su interior. Con sumo cuidado deshago el lazo de tacto aterciopelado, dejando que la rigidez del envoltorio argentado haga el resto.

Es una bola de nieve.

«Otra más».

Es preciosa. En su interior hay un entresijo de corazones diminutos enlazados unos con otros, formando uno de mayor magnitud hasta ocupar todo su interior. En la base de madera, se puede leer una inscripción: «Siempre juntos».

—Te regalé la otra bola de cristal la última Navidad que pasamos juntos. Ésta será la primera de muchas más. —Se levanta de su asiento y se coloca a mi lado de cuclillas, quedando nuestros rostros casi a la misma altura—. Cada Navidad te regalaré una nueva, las coleccionaremos.



Capítulo siete

No puedo creer que todo esto sea real, que todo esto esté ocurriendo en este momento.

Me encuentro frente a Alejo y, de nuevo, vuelve a jurarme el futuro que soñamos juntos cuatro años atrás.

Me vine para Murcia, ansiosa por que naciese mi sobrino, y así conocer al nuevo hombre que daría sentido a mi vida, el único que me ayudaría a olvidarlo de una vez por todas. Y ahora estoy aquí, a su lado, con un propósito que no entraba en mis planes, y con las respuestas a todas las preguntas que me he estado haciendo durante tanto tiempo.

—¿Qué va a pasar ahora, Alejo? —Las lágrimas que he intentado retener desde un primer momento, salen ya sin ningún miedo y sin ningún temor. Sin ningún pudor.

Besa cada una de ellas, intentando borrar con cada roce el desconsuelo que se esconde tras ellas. Y entonces sucede. El beso que se ha estado demorando durante las últimas horas, hace acto de presencia, y es tal y como lo recordaba.

Dulce y delicado; suave y apasionado; único y especial, haciendo que mi vello vuelva a erizarse como ya lo había hecho un tiempo atrás.

—Pues poner un punto y seguido, cariño. Siempre juntos, recuerda. No volveré a cometer la locura de dejarte marchar, no puedo ahora que por fin he vuelto a encontrarte.

FIN

Agradecimientos

A mi marido y a mis hijos por animarme y motivarme para seguir haciendo este sueño realidad. ¡Os amo!

Muchas gracias a mis lectoras cero Alba C. Serrano y Cristi P. Blanco por dedicar su tiempo en leerme y darle una oportunidad a Valeria y Alejo.

A mis criticas, porque sin ellas muchas de mis locuras no tendrían sentido. Gracias por seguir apoyándome y animándome en esta aventura.

A Noni García, por esa gran predisposición para todo. Mil gracias guapísima. Te debo otra, e igual de grande. Con mis lunas te debía un café, ten por seguro que ahora será el desayuno completo además de las dos coca colas.

A Carol RZ, mi chica golden. Gracias por tu buen hacer, chochete.

Y, por último, me gustaría darte las gracias a ti, querido lector. Gracias por leerme, gracias por darle una oportunidad a Punto y seguido.

Biografía

Marien F. Sabariego, natural de Jaén, nació una fría mañana de invierno un 20 de diciembre de 1984. Cursó sus estudios en su ciudad natal, titulándose como Técnica Superior de Artes Plásticas y Diseño en Proyectos y Dirección de Obras de Decoración.

En agosto de 2016, vio la luz su primera obra bajo el título *¿Dónde estás, amor?*, una carta de amor publicada en la Antología Benéfica Piel de Mariposa, cuyos beneficios íntegros son para la Asociación Debra para los afectados por dicha enfermedad y en la cual participaron más de 70 autores.

En febrero de 2017, salió a la venta un recopilatorio de relatos con el título *Cross my Heart*, 20 relatos de amor cóncavos y con besos bajo el sello editorial LM Perceval. El relato corto con el que participa se titula *Una y otra vez*.

En mayo de 2017 probó suerte y se presentó al certamen de relatos convocado por Jaén RoJa: I Encuentro Literario Romántica en Jaén con el relato *Mi primer segundo gran amor* quedando como finalista en el mismo.

En septiembre de 2017 se aventuró en solitario autopublicando su primera obra en solitario titulada *23 lunas, tres pedacitos de mí*.